

jante doctrina tiene que sostener que la vida es un don, siendo indudable que nadie habría aceptado este regalo si hubiese podido verle y probarle de antemano; tal fué el caso del hijo de Lessing, cuya sagacidad admiraba tanto éste, porque negándose absolutamente á venir al mundo é introducido en él á la fuerza por medio de los forceps, se apresuró á huir enseguida. Se objeta, en verdad, que la vida es, desde el principio al fin, una lección, pero se podría explicar, diciendo: «por eso precisamente habría querido yo que me dejaran en mi modesta y discreta nada, donde no había menester lecciones, ni cosa alguna.» Y si se añade que el hombre tendrá que dar cuenta algún día de cada momento de su vida, se podrá contestar que él es quien tendría derecho á pedir cuenta de los motivos por virtud de los cuales se le ha arrancado del reposo, para colocarle en una posición tan desagradable, tan amarga, tan llena de tinieblas y tribulaciones. He aquí á dónde conducen las concepciones falsas de la vida. La vida humana, lejos de revestir el carácter de un don, reviste el de una deuda contraída. Los requerimientos al pago se realizan por mediación de las necesidades apremiantes, de los deseos devoradores y de las miserias sin fin que crea la misma existencia. Por lo común, la vida entera se invierte en satisfacer la deuda, pero no se consigue más que pagar los intereses. El capital sólo lo pagamos con la muerte. ¿Y cuándo se contrajo la deuda? En el momento de la procreación.

Cuando se llega á considerar al hombre como una criatura cuya vida es un castigo ó una expiación, se está cerca de verla á la luz de la verdad. El mito de la caída del hombre (aunque esté tomado, al parecer, lo mismo que todo el judaísmo, del Zend Avesta; *Bun*

Debesch, 15) es, á mi parecer, el único pasaje del Antiguo Testamento en que se descubre una verdad metafísica, aunque alegórica, y es lo único que me reconcilia con ese libro. En efecto; nuestra existencia no puede compararse con nada mejor que con la consecuencia de una falta, de un apetito culpable. Por eso el cristianismo del Nuevo Testamento, cuya moral es la del brahmanismo y el budhismo, y que está muy distante del optimismo del resto del Antiguo Testamento, ha tomado sabiamente por base este mito, fuera del cual no habría hallado en el judaísmo punto alguno de apoyo.

Para conocer el grado de culpabilidad de que está contaminada la vida, basta ver el dolor que encierra. Todo gran dolor, físico ó moral, expresa lo que merecemos, pues no podría alcanzarnos si no lo mereciésemos. El cristianismo considera la existencia desde este mismo punto de vista, como lo prueba el siguiente pasaje de Lutero, en su comentario á la Epístola á los gálatas, capítulo III. «*Sumus autem nos omnes corporibus et rebus subjecti Diabolo, et hospites summo in mundo, cujus, ipse princeps in Deus est. Ideo panis, quem edimus, potus, quem bibimus, vestes quem utimur, sino aër est totum quo vivimus in carne, sub ipsius imperio, etc.*» Se ha protestado mucho de la tendencia melancólica y desconsoladora de mi filosofía; pero este defecto suyo se debe á que en vez de contar alguna fábula sobre un futuro infierno en que se pagan los pecados, he mostrado que el lugar del pecado,—este mundo en que vivimos,—tiene ya mucho de infierno; el que lo niegue puede adquirir la prueba, á su costa, todos los días.

Este mundo, teatro de los dolores de criaturas atormentadas y angustiadas, que subsisten á condición de

devorarse unas á otras, y entre las cuales cada animal carnívoro es tumba viviente de millares de otros animales y debe su conservación á una serie de martirios; este mundo donde después, con la inteligencia crece la facultad de padecer, llegando en el hombre á su grado supremo, tanto más elevado cuanto más inteligente es el hombre, este mundo es el que se quiere explicar por medio del optimismo, presentándole como el mejor de los mundos posibles. El absurdo es evidente.

Con todo, el optimista nos dice que abramos los ojos para ver cuán hermoso es el mundo á la claridad del sol, con sus montañas, sus valles, sus ríos, sus plantas, sus animales y todo lo demás. Pero, ¿es la tierra una linterna mágica? Ciertamente, *viéndolas*, todas esas cosas son admirables, mas *ser* una de esas cosas es ya otro cantar. Tras el optimista llega un teólogo que nos elogia el orden admirable, por virtud del cual los planetas no vienen á darse de coscorrónes unos con otros, ni la tierra y el mar se mezclan formando una pasta, sino que permanecen prudentemente separados, ni todo permanece eternamente helado por el frío ó abrasado por el calor, y la oblicuidad de la eclíptica hace que la primavera no sea perpetua, pues entonces ningún fruto maduraría. Pero estas consideraciones y las demás del mismo género que suelen hacerse no son más que condiciones *sine quibus non*.

En efecto; si es necesario que exista el mundo, si los planetas deben durar por lo menos el mismo tiempo que tarda en llegar á ellos la luz de una estrella fija lejana, y no han de desaparecer, apenas nacidos, como el hijo de Lessing, forzoso era que el universo estuviese construido con habilidad suficiente para que no amenara venirse abajo á cada momento.

Pero cuando se consideran los resultados de esta obra tan ponderada; cuando contemplamos á los actores que se mueven en esa escena, tan duraderamente cimentada, vemos al dolor aparecer y crecer con la sensibilidad, hasta que ésta se eleva á la inteligencia, punto desde el cual sigue creciendo al compás de los progresos de la inteligencia; cuando vemos acentuarse cada vez más los deseos devoradores y los padecimientos, llegando, por, último, en el hombre á grado tal de intensidad que su vida no ofrece más que asuntos para la tragedia ó la comedia, cuando se ve todo esto, el que no es un hipócrita difícilmente se hallará dispuesto á entonar *hosannas* y *alleluias*. El verdadero, aunque oculto origen de estas *hosannas*, lo descubre sin contemplaciones y con lógica abrumadora David Hume en su *Natural history of religion*. El mismo autor, en los libros X y XI de sus *Dialogues on natural religion*, demuestra también con argumentos concluyentes, aunque de índole muy distinta que los míos, la triste condición del mundo y la falsedad del optimismo. Ambas obras de Hume son tan dignas de ser leídas como poco conocidas al presente en Alemania, donde las gentes se deleitan leyendo las lucubraciones fastidiosas de algunas cabezas huecas, llenas de pretensiones, á quienes se proclama grandes pensadores. Los diálogos fueron traducidos por Hamann, Kant revisó la traducción, y en los últimos años de su vida instaba todavía al hijo de Hamann á que la publicase, pues no estaba satisfecho de la versión de Platner. Una página de Hume es más instructiva que todas las obras de Hegel, Herbart y Schleiermacher juntas.

El fundador del optimismo sistemático fué Leibnitz, cuyos méritos como filósofo no he de negar, aunque no

he llegado jamás á comprender bien la monadología, la armonía preestablecida y la *identitas indiscernibilium*. En cuanto á sus *Nuevos ensayos sobre el entendimiento*, no son más que un extracto del libro, justamente famoso, de Locke, que goza de universal celebridad, extracto acompañado de una crítica detallada de la obra del filósofo inglés; pero la crítica es tan endeble, y Leibnitz tuvo tan poca suerte en su tentativa de refutar á Locke como la había tenido antes con Newton en su *Tentamen de motuum coelestium causis*, en que combatía el sistema de la gravitación. La Crítica de la razón pura va especialmente contra esta filosofía de Leibnitz-Wolf, y la rebate victoriosamente, continuando y desenvolviendo la labor de Locke y Hume. Por todos lados tratan de resucitar y de glorificar en el día las simplezas de Leibnitz los profesores de filosofía, al mismo tiempo que procuran rebajar y descartar á Kant todo lo que pueden. Y no se conducen así á humo de pajas, pues obedecen á la razón del *primum vivere*. En efecto; con la Crítica de la razón pura no es posible dar mitología judía por filosofía, no cabe hablar rotundamente del *alma* como de un dato real, cómo de un personaje conocido y acreditado, sin explicar antes como se ha obtenido ese concepto y si hay razón para servirse de él científicamente. ¡Pero *primum vivere, deinde philosophari!* ¡Muera Kant, viva Leibnitz!

Volviendo á éste, diré que no puedo reconocer á su teodicea, que es una larga y metódica exposición del optimismo, otro mérito que el de haber dado origen al inmortal *Cándido* del gran Voltaire, aunque esta circunstancia venga á comprobar, de un modo completamente inesperado para Leibnitz, la excusa que da éste cuando trata de justificar la existencia de

los males del mundo diciendo que el mal engendra á veces el bien. El nombre que Voltaire puso á su héroe indica que para profesar doctrinas contrarias al optimismo no se necesita más que ser sincero. El optimismo hace tan triste figura en el teatro del pecado, del dolor y de la muerte que no podríamos menos de tomarle por una ironía, si, como antes dije, las fuentes de esta doctrina que descubrió Hume (que son la adulación hipócrita y una fe ofensiva en la eficacia de esa adulación) no nos explicasen suficientemente cómo ha podido nacer esta concepción del mundo.

Además á los sofismas palpables, con los cuales quiere demostrar Leibnitz que este mundo es el mejor de los mundos posibles, se les puede poner enfrente seria y lealmente la prueba de que es el mundo peor posible. Se llama posible, no todo aquello con que la fantasía pueda soñar, sino lo que puede existir y subsistir efectivamente. Mas este mundo está construido de tal suerte, que sólo puede existir con gran trabajo y si estuviera un poco peor organizado no podría mantenerse. Por lo tanto, un mundo peor, como no podría subsistir, no es posible; luego éste es el peor de los mundos posibles. Porque hay que tener en cuenta que no sólo quedaría aniquilada la tierra en el caso en que los planetas chocasen unos con otros; bastaría que de todas las perturbaciones que experimenta la marcha de nuestro globo perseverase alguna en su crecimiento, en vez de compensarse con las demás. Los astrónomos saben cuán fortuitas son las circunstancias que se oponen, la principal de las cuales es la relación irracional entre los periodos de revolución; á costa de muchos cálculos han descubierto que el resultado definitivo es tranquilizador, y que el mundo puede continuar existiendo tal como existe. Confíemos

(aunque Newton es de opinión contraria), en que no se hayan equivocado en sus cálculos y en que, por tanto, el *perpetuum mobile* formado por nuestro sistema planetario, no está expuesto como los demás á detenerse el mejor día.

Por otra parte, la corteza sólida del globo encierra poderosas fuerzas naturales que, puestas en libertad por algún azar, quebrarían su envoltura, destruyendo cuantos seres vivientes la pueblan, como ya ha sucedido en la tierra tres veces por lo menos, y como ocurrirá todavía probablemente más de una vez. Un terremoto de Lisboa ó de la Martinica, una catástrofe como la de Pompeya, no son más que juegos de niño, nuevas alusiones á semejante posibilidad. Una ligera alteración en la atmósfera, inapreciable para el análisis químico, nos trae el cólera, la fiebre amarilla, la peste negra y otras enfermedades que matan á millones de hombres; una alteración mayor extinguiría la vida sobre la tierra. Un ligero aumento de temperatura secaría todas las fuentes y todos los ríos.

Los animales sólo poseen los órganos y las fuerzas estrictamente necesarios para procurarse con gran trabajo su sustento y el de su prole; cuando un animal pierde un miembro ó el uso de él, casi siempre está condenado á muerte. A pesar del poderoso auxilio de la inteligencia y de la razón, las nueve décimas partes de los hombres tienen que luchar incesantemente con las necesidades, están siempre á dos dedos de su perdición y se conservan á costa de esfuerzos y fatigas innumerables. Vemos, pues, con qué parsimonia han sido otorgadas á todas las cosas las condiciones de existencia, lo mismo si miramos el conjunto de ellas que si en los individuos nos fijamos; la medida jamás se da colmada, muchas veces corta, por donde la vida

individual se pasa luchando por una existencia amenazada de destrucción á cada paso. Y como esta amenaza se cumple muy frecuentemente, ha sido preciso proveer con inaudita superabundancia de gérmenes á que la destrucción de los individuos no ocasione la de las especies, que son lo único por quien se interesa la naturaleza.

Luego, para un mundo, que necesariamente había de poder existir, este es todo lo malo que podía ser. Los restos petrificados de animales que vivieron en otro tiempo en la tierra y que pertenecen á especies enteramente distintas de las que hoy habitan el globo, nos ofrecen para la comprobación de esta tesis el testimonio de mundos cuya existencia se hizo imposible y que, por consiguiente, eran un poco peores todavía que el peor de los mundos posibles.

En el fondo, el optimismo es la inmerecida alabanza que el verdadero Creador del mundo, la voluntad de vivir, se tributa á sí misma cuando se mira complacida en su obra, de donde se infiere que tal doctrina no sólo es falsa, sino también inmoral; pues presenta la vida como un estado envidiable, cuyo fin es la dicha. Partiendo de esta creencia, cada hombre cree tener pleno derecho á la felicidad y á los goces, y si no los obtiene, como sucede en la mayoría de los casos, se figura que ha sido engañado y que ha fallado el fin de su existencia. Más verdadero es (siguiendo el ejemplo del brahmanismo, del budhismo y del verdadero cristianismo) dar á conocer á los hombres como fines de la vida el trabajo, la privación, la necesidad y el dolor con la muerte por término y corona, pues así es como podrán llegar á la negación de la voluntad de vivir.

El Nuevo Testamento nos presenta al mundo como

un valle de lágrimas y la vida como una purificación, el símbolo del cristianismo es un instrumento de suplicio. Así ocurrió, que al aparecer el optimismo con Leibnitz, Shaftesbury, Bolingbrooke y Pope, la objeción general que se levantó contra él, fué que no era conciliable con el cristianismo; esto es lo que Voltaire explica y razona en el prólogo de su hermoso poema *Le Desastre de Lisbonne*, el cual va dirigido expresamente contra el optimismo. Me gusta exaltar á este gran hombre y defenderle contra los insultos de una pandilla venal de escritorzuelos alemanes. Lo que le coloca indudablemente por encima de Rousseau, mostrando que la profundidad de su inteligencia era mucho mayor, son las tres siguientes conclusiones á que llega: 1.^a, el predominio del mal y de la miseria en la vida, predominio del cual estaba profundamente persuadido; 2.^a, la necesidad rigurosa de los actos de la voluntad; 3.^a, la verdad de la máxima de Locke, según la cual la sustancia pensante podría muy bien ser material, mientras que Rousseau niega todos estos puntos con puras declamaciones en la *Profession de foi du vicairé savoyard*, rastrera filosofía de predicador protestante. El propio Rousseau fué quien, siguiendo la misma tendencia, y apoyándose en un razonamiento desmañado, superficial y lógicamente falso, emprendió una polémica en nombre del optimismo contra el hermoso poema citado, en una larga carta que lleva la fecha del 18 de Agosto de 1756 y que dirigió á Voltaire exclusivamente con este fin. Por lo demás, el rasgo característico y el *πρωτον ξειδος* de toda la filosofía de Rousseau es, que en lugar del dogma cristiano del pecado original y de la corrupción primitiva del género humano, admite una bondad original y una perfectibilidad ilimitada, detenida sólo en

su marcha por la civilización y sus consecuencias; sobre estas bases funda su optimismo y su humanitarismo.

Así como Voltaire, en el *Cándido*, combatía al optimismo con su arma habitual, con la burla, también Byron lo combatió á su manera, seria y trágica, en su inmortal obra maestra *Cain*, que le valió la gloria de ser blanco de las invectivas de Federico Schlegel el oscurantista. Si, por último, quisiera corroborar mis opiniones citando las sentencias que los grandes pensadores de todos los tiempos han pronunciado contra el optimismo, no acabaría nunca de citar; pues casi no hay uno solo que no haya expresado categóricamente su sentir sobre las miserias de este mundo. Así, pues, no con el fin de apoyar mi opinión con ellas, sino sencillamente como adorno de este capítulo, voy á acabarle con algunas de esas sentencias.

Haré constar ante todo, que los griegos, aunque estuviesen muy lejos de concebir el mundo desde el punto de vista del cristianismo ó de las religiones de la Alta Asia y aunque se mantuviesen francamente en el terreno de la afirmación de la voluntad de vivir, se dejaban impresionar profundamente por las tristezas de la vida. Lo prueba la invención de la tragedia, que les pertenece. Otra prueba hallamos en una costumbre que Herodoto describió el primero y que después se ha mencionado muchas veces. Refiere Herodoto, que los tracios tenían la costumbre de celebrar los nacimientos con lamentaciones en las cuales iban enumerando todos los males que la vida preparaba al recién nacido; en cambio festejaban á sus muertos con regocijos y felicitaciones por haber escapado á los dolores de la existencia. Es lo que Plutarco consignó en hermosos versos:

*Lugere genitum tanta qui intrari mala (1);
At morte si quis finisset miserias
Hunc laude amicos atque laetitia exsequi.*

A consecuencia, no de una filiación histórica, sino de una identidad moral en este punto, los mejicanos daban la bienvenida á los recién nacidos en los siguientes términos: «Hijo mío, estás destinado al dolor así, pues, aguanta, padece y calla.» Obedeciendo á los mismos sentimientos Swift (según su biografía, por Walter Scott), tenía la costumbre de celebrar su cumpleaños no como día de regocijo, sino de duelo, y no dejaba de leer nunca en esa fecha el pasaje de la Biblia, en que Job lamenta y maldice el día en que en la casa de su padre se dijo, acaba de nacer un hijo.

Es demasiado largo para copiado el conocido pasaje de la apología de Sócrates, en que Platon hace decir á aquel filósofo, el más sabio de los mortales, que la muerte, aun en el caso de que nos arrebatara para siempre la conciencia, sería un beneficio exquisito, puesto que el sueño profundo y sin ensueños es preferible á la vigilia de la vida, aun para los más dichosos.

He aquí una máxima de Heráclito:

Vitae nomen quidem ex vita, opus autem mors.

Son célebres los siguientes versos de Teognis:

*Optima sors homini natum non esse, nec unquam
Adspexisse diem flammiferunque jubar
Altera jam genitum demitti protinus Orco
Et pressum multa mergere corpus humo.*

Sófocles, en el *Edipo en Colona*, hace el resumen que sigue:

(1) Conservamos la traducción latina que aparece en el texto, prescindiendo del original griego.—(N. DE LA T.)

*Natum non esse sortes vincit alias omnes; proxima
autem est, ubi quis in lucem editus fuerit, eodem redi-
re, unde venit quam occissime.*

Eurípides, se expresa así:

*Omnes hominum vita est plena dolore
Nec datur laborum remissio.*

Homero, por su parte, había ya dicho:

*Non enim quidquam alicubi est calamitosius homine
Omnium, quotquot super terram spirantque et moventur.
(Illiada, xvii, 446.)*

El mismo Plinio, escribió: «*Qua propter hoc primum quisque in remediis animi sui habeat, ex omnibus bonis quae homini natura tribuit, nullum melius esse tempestiva morte.*»

(*Historia natural*, 28-2.)

Shakespeare, pone en boca del anciano rey Enrique IV estas palabras:

«¡Oh Dios mío! ¡Si se pudiera leer el libro del destino y ver las revoluciones de los tiempos..., si se pudiera ver cómo las circunstancias se burlan de nosotros y de cuántos licores diferentes llenan la copa de la mudable fortuna las vicisitudes de las cosas, el joven más feliz, al descubrir el viaje que había emprendido, sus peligros pasados, sus pruebas futuras, querría cerrar el libro, sentarse y morir.»

Byron, dice:

*Enumera las dichas que han visto tus horas
Enumera los días libres de angustias
Y confiesa, por mucho que puedas haber sido,
Que hay algo mejor, que es no existir.*

Baltasar Gracián, pinta igualmente, con los más sombríos colores las miserias de la existencia en el *Cri-*